

FRANCO HISTORIADOR

por NICOLAS HORTA RODRIGUEZ
Coronel de Artillería

Franco se aficionó muy pronto a los estudios históricos. Fue en lo único que, junto al dibujo, le encontró destacado de niño su profesor del Ferrol. Hills insiste en que en el colegio le apasionó la Historia. Según Arrarás, en los años de comandante en Oviedo —de 1917 a 1920— se apasionó por ampliar su cultura, y entre sus libros favoritos estaban los de Historia. Desde 1923 consta su interés por los libros sobre Napoleón, especialmente en su aspecto histórico-político, hasta el punto que durante la guerra de Liberación pidió un ejemplar de «El Príncipe» comentado por Bonaparte, que ya conocería, y según Coles —aunque es raro— le hubieron de conseguir en zona roja. Pero el biógrafo inglés debía ignorar estos comentarios napoleónicos, considerándolos como una pieza rara, sin saber que se encuentra en ediciones de bolsillo. Confirma su desorientación la frase: «El interés de Franco por esta asociación del florentino y el corso es altamente sugestiva.» El interés es general, no guarda relación con la nacionalidad de los autores y viene dado por el texto en sí. Por entonces, tiempos de su jefatura en la Legión, dice Hills que escribió Franco un extenso ensayo sobre la Historia de España en interpretación muy personal, no se sabe si destinada a la imprenta, pero sí a servir de guión para la unidad y pureza de doctrina en las «teorías» a los legionarios.

Parece ser que Franco sentía una admiración especial por Felipe II, el vencedor de San Quintín, lo que aprovechaba La Cierva para establecer un llamativo paralelismo entre ambos personajes hasta asegurar que la figura del Rey es clave para entender la del Caudillo y que ninguno de ellos brilla por la primacía de una cualidad sobresaliente que eclipse a los demás, sino por la armonía del conjunto de facultades, incluyendo las menores, que así resultan potenciadas. Indica que a eso respondía el nombre de «Prudente», que por antonomasia se dio al Rey y sugiere que al Caudillo le cuadre también mejor que ningún otro.

Género histórico son, sin duda alguna, sus Diarios de Melilla y Alhucemas, como sus Memorias tan ansiosamente esperadas, y aún el guión cinematográfico de Raza, donde medita y analiza la guerra

del 98. En varios discursos alude la de la Independencia y a la revolución roja de octubre de 1934; en sus obras de técnica militar a la guerra de Liberación española y a las dos mundiales. Pese a la aparente antinomia, son históricas sus obras de creación, lógico en cuanto se piense que corresponde a la literatura narrativa de una época vital en la historia de España.

Su alta valoración de la Historia está viva en uno de los primeros discursos de la Pascua Militar, resaltando a los oficiales el valor formativo de los estudios históricos y geográficos. Y en lo concreto, la creación en 1937 del servicio de «Recuperación de Documentos» en Salamanca, que hoy se llama de los «Servicios Documentales» y las órdenes personales a su Cuartel General de recoger las dieciochotoneladas de documentos de ambos bandos, para formar en 1939 el Archivo de la Guerra de Liberación, base del Servicio Histórico Militar entonces creado.

Hasta sus últimos días, las biografías y memorias formaban parte de sus lecturas nocturnas, a la luz de una lámpara auxiliar.

Cuando se pensó en preparar la conmemoración del cuarto centenario de la batalla del Escorial, el Patrimonio Artístico Nacional proyectó publicar un gran libro de arte, descriptivo del Escorial, en el que con una esmerada ilustración gráfica, se incluyeran artículos de especialistas sobre el tema, en los distintos aspectos. En un primer recuento de firmas relevantes se vio que la obra rebasaba los límites de un tomo, por lo que se decidió publicarla en dos, con lo cual podría complementarse con colaboraciones de autores ajenos al Patrimonio. En uno de los consejos celebrados hacia el mes de mayo de 1933, el marqués de Lozoya sugirió al almirante don Luis Carrero Blanco, que se iniciase con un estudio del Caudillo sobre la batalla de San Quintín, motivo del Escorial, ya que era buen conocedor del tema. El consejero gerente del Patrimonio, señor Fuertes de Villavicencio, se lo indicó a Franco, quien acogió la proposición, complacido, aunque sin comprometerse.

Ya a punto de concluirse el libro, se le mostró al Caudillo la maqueta, muy atractiva por reflejar una obra artística en su doble aspecto: valiosa y documentada. Franco comprendió que, para cerrarla, sólo se esperaba su artículo y empezó a dictar unos folios al taquígrafo, Lozano Sevilla, pero sus importantes obligaciones le interrumpían y aplazaban el trabajo que, por su índole, requería un cuidado triple: histórico, técnico y literario, con precisión en las dos primeras condiciones y cuidado estilo en la última, más difícil al estar cohartado por las dos anteriores. Entregó el artículo en julio de 1963, ya a punto el resto de la obra, a la que se puso colofón el 10 de agosto de aquel año, festividad de San Lorenzo, el mismo día de la batalla de San Quintín, cuatro siglos antes.

El hombre que hace Historia no suele escribir de Historia, tanto por su predominante disposición para la acción como por el sencillo

hecho de la falta de un tiempo reposado para la investigación y el análisis, tareas de ritmo lento y que sólo a la larga dan frutos en sazón.

La variedad de facetas en la vida de Francisco Franco es, a despecho de su entrega a uno de sus grandes amores, España, característica de su personalidad que ha obligado a escribir que «no ha sido posible cuadrificarle ni resumirle».

El último artículo firmado por Franco, con su nombre, es el de *La Batalla de San Quintín*, y no el considerado como tal inserto en «Africa», escrito en febrero de 1933 en La Coruña y titulado *¡Ruud... .. balek!* que aparte de su interés histórico-político, tiene este bello párrafo del general de brigada: «Hermanando la pluma con la espada (se refiere a 1923 y a *varios soldados españoles*), gastando en la escritura y en el estudio los pequeños descansos de un agitado batallar, libramos tanto en los campos como en la prensa nuestras más viriles campañas.»

De otro lado, su doble experiencia bélica, le llevaría a escribir, por ejemplo, el *A B C de la batalla defensiva*. En fin, el presente estudio antológico expresa, mejor que cualesquiera palabras, ese importante aspecto del Caudillo como intelectual del arte militar.

Intelectual del arte militar; no intelectual sin matización, concepto equívoco entre nosotros. Como tal intelectual castrense, nada aficionado a los efectismos, sin interés por la retórica, tanto en el concreto campo de sus escritos como en el de la acción política, bien propicio a tiranos y demagogos. Así, en su estudio de «La batalla de San Quintín», el estilo es directo, claro, sencillo y eficaz. Lo mismo que Franco no ha hecho de la gobernación de España el gran teatro que algunos regímenes contemporáneos de su nacimiento político hicieron, el tema de la victoria de 1577 sobre Francia lo trata más como un tema estratégico, táctico y político, que como el momento estelar que constituye.

El Caudillo Franco no dudó en colaborar a una obra que sintetizaba con unas ideas matrices de su pensamiento político. La evocación del Monasterio, de su fundador, de la paz hispana instaurada a raíz de San Quintín por Felipe II, los problemas estratégicos y tácticos de la batalla, la evolución de las Armas combatientes, la coyuntura dramática de un gran político que inaugura su difícil trayectoria haciendo una guerra, porque a veces las guerras no se pueden evitar... todas las motivaciones que campean en el primer hecho de armas del reinado del Prudente, llevaban al Caudillo a escribir el artículo que hoy —cuando lo que resta de su atormentada envoltura carnal reposa en el nuevo Escorial que perpetúa otra guerra que se hizo también insoslayable— nos acerca a la personalidad fecunda de quien, en feliz título de una de sus biografías, encarna «un siglo de España».

San Quintín es un momento estelar de nuestra Historia, un tema estratégico y táctico, un problema de política exterior con importantes connotaciones interiores, un interesante momento de la evolución

de las Armas combatientes..., pero, sobre todo, una manifestación de la lucha gloriosa y a menudo paradójica, por la idea imperial católica que personalmente profesó Carlos V, que los teólogos juristas españoles defendían y que, a pesar de su pretendido maquiavelismo, había iniciado el abuelo del Emperador, el Rey Católico. Podría más tarde decir Felipe II, pasados dos años de San Quintín, ante las Cortes de Toledo, vanagloriándose de la continuidad de esa política imperial, que había «satisfecho las esperanzas que Su Majestad Cesárea dio al mundo». Por fin, el tratado de Cateau-Cambresis, hijo de la victoria del día de San Lorenzo de 1557, es «una de las charnelas de la diplomacia moderna», estipula una verdadera paz hispana que permite a Felipe II, ya amigo de Francia, sin guerras en Italia, poner su pensamiento en la lucha religiosa, en la expansión americana y en el peligro que representa, por mar y tierra, el Sultán.

Un político español (Fernández de la Mora) escribe: «... Franco, por su comportamiento y por su psicología, estaba en los antípodas del dictador..., parco en el ejercicio de sus inmensos poderes, autocrítico y prudentísimo a la hora de decidir. Como hombre de Estado no se le puede situar en la línea de Bonaparte, sino en la de Felipe II.» Y añade: «En el contexto de la Historia, Franco es el hombre de Estado más importante que ha tenido España desde el Rey Prudente.» He aquí tal vez la razón profunda, más que una particular afición al tema, la que determinó, acaso de un modo subconsciente, la atención de Franco sobre San Quintín. Con la ventaja, desde luego, de poder empeñar en la tarea historiográfica, los conocimientos, la experiencia y el acierto que no habría desdeñado el vencido de nuestra Guerra de la Independencia.

Quiero anotar también, y de paso contradecir a Crozier, quien asegura que Franco «no había destacado particularmente por su piedad» hasta su época salmantina de la Guerra de Liberación, cuando «aceptó tácitamente que había sido elegido por Dios para salvar a España»..., quiero anotar que las pragmáticas vivencias religiosas de Franco son mucho más antiguas. He aquí una muestra que no niega que las habría anteriores. En «Estampa», del 29 de mayo de 1928, se reflejan como centro y causa de lo que por entonces constituía su principal, diríamos su única preocupación profesional, la formación de los futuros oficiales (de tan positivas consecuencias luego en nuestra Historia próxima). Después de referirse —son sus palabras— a la «intensa educación de virtudes ciudadanas y un fuerte entrenamiento deportivo» y a un «alto sentimiento militar», dice: «En el patio central de la Academia quiero colocar un altar de la Virgen del Pilar, para que desde su primera juventud aprendan a amarla y a forjar en ella la fe que habrá de conducirles constantemente a la victoria.» Y terminaba el periodista: «El general Franco, tiene en su alma suficiente temple para contagiar las almas de los nuevos caballeros cadetes.»

Y el periodista no se equivocó: de los setecientos cadetes que

procedentes de la Academia General Militar subsistían en 1936, sólo treinta y cuatro no formaron en las filas nacionales.

Las palabras iniciales del artículo del Caudillo, del hombre cuyos restos reposan en el Valle de los Caídos, asociando la conmemoración del IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial a la victoria primera y más grande y trascendental del reinado de Felipe II, expresan la profunda afinidad de dos momentos históricos: la iniciación del reinado del Príncipe Prudente, que ha de fundar la paz hispana —no sólo paz española sino imperial— es una cruenta lucha de consecuencias positivas para el mundo occidental, y la Era de Franco, que gracias a una contienda que fue a la par civil e internacional, eliminó la implantación del poder soviético en la entrada mediterránea y en la plataforma estratégica que es nuestra España. Y por si las afinidades profundas no bastasen, ahí está la trágica ironía del enfrentamiento del Rey de la Contrarreforma con el Papa y las dificultades que la Iglesia del «aggiornamiento» suponen para un régimen político nacido de una lucha que fue en gran medida «guerra divina», constante ésta de nuestra Historia que supone en el español una disposición de desasimiento del mundo terreno para transferir sus apetencias al fin trascendente de la vida eterna.

De dos ideas principales arranca el planteamiento del artículo de Franco en torno a San Quintín. La primera es el designio de paz que favorecerá las acciones políticas subsiguientes. La segunda, la preocupación por «una unidad interna» que «estaba todavía muy reciente», tema esencialmente constitutivo del pensamiento político del autor.

Destacan también como pórtico del tema las cualidades de Felipe II. «Organizador, administrador y diplomático», escribe el Caudillo, y, en efecto, todas ellas hubo de ponerlas a prueba. Hay que buscar dinero, hombres y armas en una tierra donde se han perdido las cosechas de cereales. Las más urgentes tareas: combatir el hambre y organizar el ejército.

Pero «si queremos enjuiciar —dice—, en el orden militar la gran victoria de San Quintín, todo esto (situaciones internacional e interior, economía) no basta. Aparece enseguida el técnico militar que fue el Generalísimo, valorando las Armas combatientes, sintentizando, sin necesidad de acopios excesivos de erudición, el momento de la evolución de aquéllas, del armamento (el valor progresivo del fuego) y subrayando cómo «bajo el reinado de Carlos I, habían cimentado un sólido prestigio nuestros gloriosos Tercios». Observación que es significativa para la jornada de San Quintín, pues la pequeña fuerza (unos 6.000) de Infantería española, ya en la fecha señalada con el enorme prestigio de su parte y su valor, es la que realiza las acciones más cruentas: se apodera del Arrabal de la Isla, en una acción previa y arriesgada, derrota a Andelot en su primer intento de socorro a la plaza sitiada y ocasiona el mismo día 10, por medio de sus arcabuces que tiran muy de cerca y por esto bien, el mayor núme-

ro de bajas a las fuerzas que inútilmente tratan de penetrar en San Quintín.

El Caudillo señala lo más relevante. Los arcabuceros de los Tercios «constituían» —escribe— la tropa más selecta y de mayor confianza y estaban formados siempre por soldados españoles». Alude luego a las servidumbres del arcabuz y, lo más importante, a que gracias a él las armas de fuego empezaban a tomar en la guerra carta de naturaleza. Y concluye: «nuestros arcabuceros estaban considerados como los mejores del mundo y pesaban decididamente en la batalla». Navarrete, Alonso de Cáceres, Carondelet, el legendario Julián Romero y tantos nombres asociados a esas acciones que Franco vería sin duda como «legionarias», le llevarían al recuerdo de sus compañeros de armas, a la nostalgia que adivinamos contenida, de unos tiempos en que la noble y gran pasión del mando le puso, con un coraje que ni amigos ni enemigos le han negado, al frente de unos hombres que, tras él avanzaban lúcidos hacia la muerte.

En el vasto campo de las sugerencias que nacen del estudio de la batalla de San Quintín, el Caudillo recoge multitud de aspectos importantes —estratégicos, tácticos, de mando y políticos—, que aparecen ante su consideración como reflejo de su propia personalidad. No podemos detenernos en todos. Trataremos de referirnos a los más destacados.

En el ámbito estratégico, la elección del objetivo, decisión del mismo Felipe II. Planteada la lucha en dos teatros diferentes localizados a gran distancia (Roma de un lado, Flandes y el Artois por otro), el Rey decide llevar la guerra a Francia por estas fronteras. Comprende que el poderoso ejército enemigo de Italia sólo podrá ser vencido, sin combatirle, en Francia. Mientras tanto el duque de Alba desarrollará la «defensa activa» que señala Franco, entreteniéndolo a Guisa sin empeñar a fondo sus efectivos.

En el campo táctico, la sorpresa que supone invadir por La Picardía cuando se ha hecho creer al enemigo que se va a atacar por La Champagne.

En el aspecto táctico también, los errores del enemigo y los aciertos propios. En cuanto a los primeros —y acaso es el Caudillo el primero que ha señalado claramente éste— la ignorancia de los franceses sobre la verdadera capacidad defensiva de la plaza; también los reconocimientos, menos realistas y menos completos del lado francés. Y, sobre todo, algo extraordinariamente bien conocido por el jefe de nuestra guerra africana y el Generalísimo de nuestra guerra española, algo que nos obliga a transcribir sus palabras sobre la maniobra de envolvimiento decidida por el Duque de Saboya:

En maniobras de este estilo juegan la decisión y la sorpresa, las características de los jefes y de los capitanes, unidas a la calidad y al buen espíritu de las tropas. El que envuelve se coloca en situación de envuelto. La maniobra no admite vacilación; la operación no tiene vuelta. Hay que llevarla hasta el final; suele constituir el término de una batalla en la que, anteriormente, se ha quebrantado al

enemigo. Son tantas, a pesar de todo, las circunstancias que pueden ponerla en peligro, que es necesario la seguridad y la confianza plenas y, como antes decíamos, *sobre ellas la protección de Dios* (1), en el que siempre queda la decisión de la victoria.

Pero no se agotan en tales consideraciones las de índole táctica. Aparte de la cooperación decisiva a la maniobra de envolvimiento por medio de una numerosa Caballería mandada por Egmont, se refiere el Generalísimo a las características de la Artillería y a su diverso empleo por los contendientes. Formula un certero diagnóstico de este Arma, que es todavía la famosa del Emperador y cuyo empleo viene favoreciendo la progresiva aligeración de las formaciones combatientes siempre que se disponga de piezas para la campaña o de campaña. De aquí y de las numerosas piezas «de batir» que suponen una gran servidumbre para el movimiento, pasa Franco, a subrayar la equivocación del enemigo al delatar su despliegue por un prematuro empleo de la Artillería —que será luego un estorbo en la retirada—, frente a la oportunidad y acierto del Duque de Saboya que la hace intervenir en la explotación táctica del éxito.

En cuanto a los problemas de mando, el Generalísimo plantea primero el de más alto nivel. En efecto, Felipe II, es el primer monarca moderno que hace la guerra al frente de sus ejércitos; en San Quintín, la única excepción de la regla, el Rey acude al campo después, de la batalla principal. El arrojado legionario que fue Franco, juzga: «pudo más en su ánimo la responsabilidad y el deber, que la noble emulación de la ambición y de la fama». Señalará también la personalidad de los grandes capitanes propios y del enemigo, y a menudo sus observaciones incidirán en el trato humano al enemigo —de muestras tan brillantes en la batalla de San Quintín—, así como en la «difícil humanización» del momento del asalto.

Dominando el conjunto y dando fundamento trascendente a toda la acción de San Quintín y a la política imperial de Felipe II está, como dice Franco, la «voluntad de Dios y sus designios inescrutables», voluntad a la que ya antes ha aludido, pues al hablar de la maniobra de envolvimiento, eficaz y arriesgada a la vez, la coloca «bajo la protección de Dios». He aquí el alma desnuda de Francisco Franco: «siempre he creído —decía— que la vida del hombre está en manos de Dios». Desnuda como en ese mensaje escrito al atisbar su muerte, cuando sin desfallecimientos y sin congojas, con la serenidad y el sosiego que fueron su coraza en los días trágicos —tantos hubo —de la paz y de la guerra, remontadas ya todas las luchas, trascendidos ya todos los afanes, junta los nombres de Dios y de España como resumen de su existencia, como síntesis también de su acción política. Por esto juzga que San Quintín es una justa victoria por una causa justa, se trata de la «plenitud de los servicios de España» en la lucha contra la Reforma. Existe —dice el Caudillo—, «el Dios de las

(1) El subrayado es nuestro.

Batallas». Y agrega: «Sobre la intención y la voluntad de los hombres preside la voluntad de Dios, que otorga la victoria y reparte las derrotas. Dios no suele abandonar las causas justas ni a los que de buena fe le sirven.»

En el estudio de la batalla de San Quintín se ha planteado con insistencia un tema que arrancado de la circunstancia anotada antes de la asistencia de Felipe II al frente de su ejército, desemboca en la cuestión de cuál debió ser la decisión del mando supremo en cuanto a la explotación estratégica del éxito. Es evidente que la magnitud del desastre francés abría, en principio, a Felipe II las puertas de París. Pero Felipe II, decidió no lanzarse sobre París después de la victoria porque —como dice Franco—, «la prudencia mandaba no llevar la explotación fuera del campo táctico». Obsérvese esta congruente consecuencia: no se refiere, como se ha escrito con ligereza a menudo, a si Felipe II, debió intentar o no la conquista de la capital francesa. Franco, centra la cuestión en su verdaderos términos, porque el tema que verdaderamente debaten Saboya y sus capitanes con Felipe II, ante los muros de San Quintín, el 13 de agosto, es la conveniencia o no de continuar la persecución de los restos del ejército enemigo para aniquilarlos antes de que Guisa con sus fuerzas pueda llegar de Italia. Cabrera, escribió que esos restos eran «gente vencida sin poder tener otra en muchos días», y concluyó: «fue mal consejo el no haber seguido..., para de una vez acabar la guerra.»

Sin embargo, hay que adherirse a la opinión contraria. En política, sea interior o exterior, lo que cuentan son los resultados. Y, en definitiva, como antes decimos, el tratado de Cateau-Cambresis significó la paz hispana. España es la vencedora y obtiene el objeto disputado, Italia y las fronteras de los Países Bajos. Bien puede utilizarse el tópico del «broche de oro» que cierra las guerras de Italia y es a la vez piedra básica de la hegemonía española durante más de medio siglo.

He aquí, por fin, un paralelismo destacable. Franco y Felipe II conjugaron sagazmente la política internacional y la política interior. Desde luego, uno y otro, de modo adecuado a su tiempo: nuestro Caudillo, con clara visión del futuro, evitó a nuestra Patria una guerra mundial en la que los vencedores cristianos, verdugos en Hiroshima y Nagasaki, serán jueces en Nüremberg.